Un ronco grito universal se alza;
Al caer ámbos se extremece el suelo,
Y con rabia Don Juan mirando al cielo
¡Maldicion! exclamó.

(1842.)

EN UN TEMPLO.

I.

Es hora del crepúsculo sombrío;
Hora sublime en que postrado el mundo
Adora del Eterno el poderío,
En éxtasis de amor dulce y profundo:
Ya los astros que pueblan el vacío,
Del Sol en Occidente moribundo
Al último destello, se levantan;
Su luz derraman y la tierra encantan.

Ya en el viento vibró majestuosa
La voz del gigantesco campanario;
Lóbrega se levanta y silenciosa
La nave dó mi encanto solitario;
Sus trémulos fulgores misteriosa
La lámpara derrama en el santuario,
Y ante mis ojos fascinados giran
Negros fantasmas que pavor me inspiran.

Treme bajo mis piés el pavimento;
La columna vacila; el cortinaje
Contra los muros sacudirse siento,
Como siente en los bosques el salvaje,
Al fuerte soplo de irritado viento,
Sacudirse del árbol el ramaje;
Y entre las sombras del santuario augusto,
Murmurar oigo su plegaria al justo.

Hora es de prosternarme ante las aras
Con corazon contrito y humillado;
De hablarte á tí que al infeliz amparas;
A tí, Ser de los seres, increado;
A tí que al bueno en tu mansion deparas
Fresco laurel de estrellas circundado,
Que oyes la voz del hombre que criaste
Y á un mundo de miserias le arrojaste....

Cuánto á mi pecho es plácida la hora,
En que venciendo la tiniebla al dia,
Tiende la noche su ala bienhechora
Sobre la tierra, que en calor hervia.
Mi alma entónces, Señor, con fe te implora,
Y hasta tu trono su plegaria envia
En las alas de arcángeles ardientes,
Que ante tí doblan sus soberbias frentes.

El corazon se ensancha ante el misterio
Que el rostro vela de la noche oscura;
Ya palpite en el triste cementerio,
Gimiendo al pié de humilde sepultura;
Ya escuchando en antiguo monasterio,
Dulce concierto, de armonía pura;
Ya en la oculta mansion, del bosque umbrío
Escuchando el murmurio de algun rio.

¡Cuánto amo yo el silencio misterioso
Que sigue el paso de tu carro lento,
Augusta madre del mortal reposo!
¡Cuánto me halaga tu tranquilo viento!
¡Cuánto el benigno sueño del quejoso
Corazon, calma el matador tormento....!
Mas amo ¡oh negra noche! tus tinieblas
Quel sol de estío sin sus pardas nieblas;

Porque la luz del del dia me atormenta
Y cansa de mis ojos la pupila,
Y los raudales de mi llanto aumenta;
Porque la fe del corazon vacila,
Y la duda á la mente se presenta,
La amarga duda que dolor destila,
Al ver feliz cuanto en el orbe existe,
Y solo yo, "sin esperanza" triste.

003122

Esa duda, la sabes tú, Dios mio,
Lenta marchita el corazon cansado
Con el contacto de su labio frio,
Con las caricias de su brazo helado,
Como marchita el amador impío
De vírgen pura el rostro sonrosado,
Como el rigor del inclemente hielo
La flor marchita que engalana el suelo.

II.

Por eso á la hora en que duerme
El mundo, en tu altar me postro,
Hora en que vuelves el rostro
A alumbrar la eternidad;
Hora en que cubres amante
El seno del templo santo,
Con la orla de tu manto
Que flota en la inmensidad.

Padre del pobre que gime,
Oye del pobre las voces,
Tú que del hombre conoces
El revuelto corazon;
Tú que formaste los senos
En que la vida se inflama,
No dejes morir la llama
Que ilumina mi razon.

Los pesares han secado
Las creencias de mi infancia;
Perdió la flor su fragrancia
Y marchitándose va:
Mi vida fué sol de estío
Que cubre espeso nublado;
Fué manso arroyo que el prado
No riega en su curso ya.

Cuando niño, en el regazo
De mi madre, te invocaba;
Y admirado contemplaba
Tu sublime magestad,
Del Sol en el disco ardiente,
Y en la voz de la tormenta,
Y en la ráfaga violenta
Que levanta el huracan.

Y el rüido de las hojas
Al susurro del ambiente;
Y el murmurio de la fuente;
Cabe el pálido jazmin,
Mis creencias acendraban,
Y los creia el gemido,
Que exhalaba dolorido
Desterrado serafin....

Madre, madre, al estrecharme
En tus brazos con anhelo,
Tú me mostrabas el cielo
Diciéndome, "allí está Dios;"
Diciéndome que hay un mundo
Donde las penas no crecen,
Ni los hombres se adormecen
Como aquí con el dolor.

Donde á los niños arrullan,
En cunas de oro y diamantes,
Los querubines amantes
Que velan su sueño en pié;
Y te oia embebecido....
Madre, madre, tu expiraste....
Con ello ¡oh Dios! marchitaste
La primer flor de mi fé.

III.

Ella murió.... y abandonado y triste
Vagué por la existencia turbulenta,
Como vagan las aves
Léjos del nido, en medio á la tormenta.

Comí el pan empapado con el llanto
Que derramaron mis hundidos ojos;
Y la flor de mi vida
Ví crecer entre espinas y abrojos.

El gozo del magnate vi en mi duelo;
La soberbia miré de los tiranos,
Quise romper su frente,
Y atadas, con furor, sentí mis manos.

La virtud por el suelo derribada;
Altanero en un solio vi al delito,
En el labio dulzura,
Hiel en el negro corazon maldito....

Todo esto he visto ¡oh Dios! y poco á poco
Se han ido marchitando mis creencias,
Y sus flores perdiendo
El suavísimo olor de sus esencias.

Sola en el alma tu creencia vive
Como el Sol entre escombros y rüinas;
Tú solo en el vacío
Del fatigado corazon dominas.

Nunca de mí separes tu mirada:
No al ondear de tu flotante manto,
De tu existencia muera
La fe que anima el moribundo canto.

Envuélveme con él aquí en tus aras
De las aves perdidas dulce nido,
Y un rayo de consuelo
Manda á calmar mi espíritu afligido....

Ese rayo tal vez, que atravesando
Las ventanas altísimas me inunda,
Es la luz de tus ojos
Que cuanto alcanza á iluminar fecunda....

Mas no, yo me engañaba, que ese rayo,
No es un rayo que mandas en mi ayuda;
Que es del Astro nocturno
Destello helado, cual mi estéril duda....

Esa duda, la sabes tú, Dios mio,
Lenta marchita el corazon cansado
Con el contacto de su labio frio,
Con las caricias de su brazo helado:
Oye la voz del corazon impío
De tu piedad ante el altar postrado....
Manda ¡oh Señor! á mi dolor consuelo,
Antes que deje de mirar al cielo.

(1842)

ROMANCE.

Sentado está y en silencio
En el bosque de arrayanes,
Cabe una fuente que mece
Entre flores sus cristales,
Y bajo el espeso toldo
Que forma el verde ramage
De cuatro frondosas hayas,
Un jazmin y dos rosales,
Aquel morisco doncel
Que llaman Abindarraez,
Terror de los castellanos,
Lustre y honor de los àrabes:

Aquel gallardo mancebo,
Que así se mezcla en combates,
Y tiñe en sangre cristiana
Gozoso su corvo alfange,
Como se rinde al encanto
De dos ojuelos vivaces,
Que bajo dos negras cejas,
Como dos luceros arden.
Viene tal vez de Almería,
Dó al son de los atabales
Rompió escuadrones cristianos,
Que para él es cosa fácil;
Y cansado se apeó
De su morcillo arrogante,
Por dar en aquestos sitios
Tregua á sus penas tenaces:
En estos bellos jardines
Que pertenecen al padre,
De aquella hurí por quien pena
Ha ya dos años cabales.
Por un lado el albornoz
Está, por otro el turbante;
De una haya en el duro tronco
Apoyado está el alfange;

Y de estorbos libre, ostenta
Su cabellera ondeante,
Que al soplo del viento leve
Sobre su ancha frente cae.
Se recuesta sobre el cesped;
Recuerdos de amor le abaten;
Un suspiro se desprende
De su pecho palpitante:
Aquel corazon valiente
Que nunca latió cobarde
En medio de la pelea,
De amor al impulso late;
Y empieza en sentidos tonos
A dar sus quejas al aire,
Quejas que á las duras rocas
Moverian á ablandarse.
" Mora, dice, ¿qué motivo
Te ha dado el mas fino amanto
Que ha visitado tus rejas,
Para que tan mal le trates?
Este amante que te ha alzado
En su corazon altares;
Que te adora, cual si fueras
Del celeste Eden un ángel;

Que cuanto hace y cuanto piensa
Es solo por agradarte;
¿Qué te ha hecho, mora ingrata,
Para que tan mal le trates?
Cuando el sol refleja vivo
En los altos alminares,
Por gozar de tu presencia
He pasado por tu calle;
Y en la noche, á los reflejos
De la luna rutilante,
Dulces trovas he cantado
A tus rejas . . . . pero en valde;
Que tú, Zelma, has ocultado
El rostro, que por miralle,
Diera mi veloz morcillo,
Diera mi terrible alfange.
En las cañas y sortijas
Reina tú de las beldades,
Por la fuerza de mi brazo
Aclamada te miraste;
Y he ganado mil laureles
En torneos y en combates,
Que á tus plantas, mora ingrata,
He rendido yo al instante.

¿Qué motivo, pues, te he dado
Para que al morillo Tarfe,
Que ya todos en Granada
Bien conocen por cobarde;
A ese moro que hace gala
De sus necias liviandades,
Le prefieras á quien te ama,
Cual no puede amarte nadie?
¿Qué motivo? . . . mas en vano
Yo lamento tus desaires,
Que el capricho es en las hembras
Un misterio inescrutable."
Calló, porque en su garganta,
Sintió la voz anudarse;
Y una fugitiva lágrima
Brilló en sus ojos de árabe;
Mas un rüido escuchose
Detras de los arrayanes,
Que á sacarle pronto vino
De su abatimiento grande;
Y á poco una voz que dijo
Estas palabras süaves,
Que fueron á sus heridas
Un bálsamo saludable:

"¡Oh cuán engañado vives,
Y cuanto agravio me haces,
Gentil moro, el que en Granada
Aclaman por mas galante.
Dices que prefiero á tí
A aquese morillo Tarfe. . . .
No soy tan necia, doncel,
Para querer á un cobarde:
Ojos tengo que me avisan,
Quien es fino, quien mudable,
Quien es digno de mi amor,
Y quien lo es de mis desaires;
Y si ves que yo le escucho,
Lo hago mas bien por mi padre,
Que por mostrar á ese moro
Que soy capaz de adorarle. . . .
Dices tambien que has pasado
Veinte veces por mi calle,
Y que he ocultado mi rostro. . . .
Mas, puesto que es tiempo, sabe
Que yo probar tu constancia
Quise con desprecios tales;
Que aquestos son el crisol
De los donceles amantes.

Sabe tambien que á tí solo,
Ya de hoy mas en adelante,
He de amar, porque supiste
Con finezas cautivarme;
Y no trates de liviana,
Que no es bien que así la trates,
A quien obligada viose
Su pasion á declararte.
Adios, moro, de tu pecho
Arroja ya los pesares,
Que serás correspondido
Miéntras fueres tan constante."
Deslizóse por las ramas;
Y el rendido Abindarraez,
Sin creer su dicha, viola
Desaparecer fugace.

(1843.)

EL DESTINO.

MEDITACION.

A MI PRIMO PABLO MARIA TORRESCANO.

.....¡Oh ciego! tente
En tu afan importuno,
Que entrar á su sagrario no consiente
El Excelso á ninguno.
Meléndez Valdes.

I.

Al pié de estas magníficas rüinas,
En medio de la augusta soledad,
Debajo las altísimas encinas
Llenas de magestad;

Aquí en el monte, dó el agreste pino
Hasta el cielo su copa eleva audaz,
Alma mia, contempla en el destino
Del mísero mortal.

¿Qué templo mas cercano á las regiones,
Dó mora de los astros el Creador,
Que la cumbre de un monte? De leones
El rugido feroz;

Del huracan terrible los bramidos,
El ronco silbo de las hojas, son
La música mas dulce á mis oidos,
La mas grata cancion.

Eleva, pues, tus súplicas ardientes,
Elévalas al trono celestial,
Ya que léjos estás de los torrentes
Del ruido mundanal.

Envueltas subirán en el ambiente
Que se alza del desierto; tu oracion
La escuchará el Señor benignamente;
Implora su perdon.

El hombre nace; y su saludo al mundo
Es un grito de angustia y de dolor,
Un grito prolongado, un ¡ay! profundo,
Un ¡ay! aterrador;

Y en su frente infantil, junto á un destello
Emanacion de la divinidad,
Se mira impreso el formidable sello
De la fatalidad;

Y presa de miserias y dolores,
La aurora de sus dias ve pasar,
Envuelta entre la sombra y los horrores
De negra tempestad.

¿Quién le consuela entónces? ¿Quién el llanto
Enjuga de su pálida niñez?
Una madre indolente, en su quebranto
Le abandonó tal vez....

Las manos inocente eleva al cielo,
Y de su llanto al lúgubre compas,
Una voz le responde: "Aquí en el suelo
Por siempre gemirás."

En frágil barca, sin timon se lanza
De juventud al tempestoso mar,
Y entre las fuertes olas, su esperanza
Comienza á vacilar;

Y al escondido impulso que le guia
Débil cediendo su alma criminal,
Quieto camino por el ancha via
Que le presenta el mal....

Deten ¡oh jóven! tu veloz carrera,
El precipicio mira que á tus piés
Está abierto... insensato! tente, espera,
¿El abismo no ves?

Nada; no escucha nada, en su delirio
Corre furioso al crímen ¡infeliz!
Como en el campo el marchitado lirio
Doblará la cerviz.

Se acerca el hielo de vejez rugosa
Tras el fuego de inquieta juventud:
¿Qué al hombre aguarda? Muerte tormentosa,
Miserable ataud:

Corre al sepulcro, cual revuelto rio
Corre á su centro, al dilatado mar,
Despues de un bosque solitario, umbrío,
En su curso regar.

Vuelve entónces su rostro, ve las huellas
Que en este mundo mísero dejó,
¿Por qué suspira y gime? Porque en ellas
Su destino miró....

¡Oh Dios! ¡oh Dios del tiempo! ¿Será cierto
Que á un destino sujetas al mortal;
Y que solo se mueve el mundo incierto
Por su influjo fatal?

¿Será cierto que el hombre miserable
Que respira un ambiente criminal
En el seno del vicio, no es culpable,
No es causa de su mal?

¿Será cierto que tu alma omnipotencia
Privándole de libre voluntad,
Los dias sujetó de su existencia
A la fatalidad?....

II.

¡Oh! no: yo deliro; se pierde mi mente
En dudas que llenan el alma de horror;
En dudas terribles que el pecho consiente,
Que nublan mis ojos, y ahogan mi voz:

La sangre discurre veloz por mis venas,
Mi frente devora la fiebre crüel,
Destrozan mi pecho furiosas las penas,
Se aumenta el delirio, vacila mi fé.

Del hombre la imágen á eterno castigo,
Sin culpa entregada contemplo ¡infeliz!
De acerbos dolores soy mudo testigo,
Y escucho temblando su eterno gemir;

Y miro sus miembros arder, como el heno
Que activa consume la llama voraz,
Y llega á mi oido su voz de trüeno
Que acusa á los cielos que causan su mal.

"¡Injusto!" pronuncia con ira y despecho,
"¡Injusto!" el averno repite feroz,
"¡Injusto!" resuena tambien en mi pecho:
Palabra terrible que hirió el corazon.

"Si al seno del vicio, si al crímen horrible,
Siguió el infelice, veloz me lancé,
No tengo yo culpa; mis pasos terrible
Guiaba el destino constante dó quier.

Mi pecho anhelaba seguir el camino
Que alumbra á los hombres la dulce virtud;
Mas siempre implacable mi fiero destino
Robaba á mis ojos su fúlgida luz ...."

"Y aquí sumergido por siempre....la nada,
La nada primero, culpable no fuí;
La nada yo imploro"....Fugaz llamarada
Se eleva y abate su erguida cerviz.

Su rostro se oculta y arroja un bramido,
Cual eco lejano de ardiente volcan.
Mis miembros temblando, mi labio caido
"Tal vez inocente" volvió á murmurar;

Y al cielo elevando mi vista doliente,
Yo quise los juicios de Dios comprender!
¿Por qué le castigas? le dije demente,
¿Por qué eres injusto? ¿por qué del poder

Abusa tu mano, si al hombre un destino
Que tú le prefijas, le impele á pecar?
Un rayo se lanza del cielo divino,
Y mudo de espanto yo oculto mi faz.

III.

Perdona mi delirio, sí, perdona
Este delirio en que se abrasa mi alma:
Vuélveme ¡oh Dios! la suspirada calma
Que disfruté tranquilo en mi niñez;
Cuando sentado en el hogar paterno
Levantaba á los cielos mi cabeza,
Y admiraba inocente tu grandeza
Con religiosa y acendrada fé.

Ah! ¿para qué me diste un pensamiento
Con que volar á tu divina esencia,
Y querer comprender tu omnipotencia,
Y querer tus misterios penetrar;
Si al ángel mismo que en tu trono vela,
Cándido y puro en el sereno cielo,
Encubres del misterio con el velo
Los arcanos de tu alma inmensidad?

¿Por qué al desierto, cual salvaje rudo
No me arrojaste? allí viviera ufano,
Admirando los dones que tu mano
En la natura al hombre concedió;
Allí cantara con sencillos tonos
Al son de los torrentes, tus loores,
Y envuelta en el aroma de las flores
Se alzara á tí mi rústica oracion.

Nunca mi alma en el terrible escollo
De la duda sombría se estrellara;
Ni mi imaginacion jamas osara
Escudriñar tus juicios, santo Ser!
No vacilara en mi creencia pura;
Te tributara humilde, incienso grato,
Y mi alma libre del mundano trato,
Siempre guardara tu sagrada ley.

Mas no..... tú me arrojaste á las ciudades,
Lisongeras mansiones dó los hombres,
Luchan feroces por mentidos nombres
Que alhagan su soberbia y vanidad;
Dó el pobre se lamenta junto al rico,
Donde uno rie miéntras otro llora,
Dó nunca alumbra la rosada aurora
Sino cuadros de horror y de maldad;

Dó el crímen es virtud, dó el poderoso
Un Dios se forja con su vil riqueza,
Y dó hace sin pudor con su belleza
Tráfico vergonzoso la mujer;
Dó el virtuoso es blanco del escarnio,
Y donde el hombre criminal blasona
De vivir en los vicios, y pregona
Su torpeza y su sórdido interes.

Aquí he vivido yo ... miles de orgías
He contemplado con serena frente;
Y he visto al hombre en el placar ardiente
Felicidad efímera soñar:
He contemplado el largo sufrimiento,
Eterno lloro y lánguido gemido
Del infeliz, que de miseria henchido
Pide de puerta en puerta el diurno pan.

He visto á hermanos combatir feroces,
He visto el rostro frio del suicidio,
He visto consumarse el parricidio
Y he oido de tu nombre blasfemar:
Mi mente se ha perdido en conjeturas,
Y al mirar el puñal del asesino
He gritado demente: " Hay un destino
Al que sujeto está todo mortal...."

Ah! perdona, perdona, Padre mio,
Perdona ya mi loco atrevimiento;
Es muy mezquino ¡oh Dios! mi pensamiento,
Para poder tus juicios comprender;
Soy un gusano vil que se desliza
Del mundo criminal por entre el cieno;
Un hombre soy que de soberbia lleno,
Demente siempre, injusto te juzgué....

Ya no quiero vivir en las ciudades,
Dó el hombre por su causa corre al crímen,
Dó desgraciados mil lloran y gimen,
Miéntras otros se embriagan de placer....
El hombre es libre, en tu palabra fio,
Porque tu labio santo nunca miente:
Eres justo en extremo, eres clemente....
Ya no hay duda en mi pecho, solo hay fé.

1843.